VI Pregón de Exaltación a la Juventud Cofrade

A cargo de
Jaime García Alcázar

Murcia, 1 de Marzo de 2025
Iglesia Parroquial de San Antolín

Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Stmo. Cristo del Perdón

1. Perdón

Perdóname, Señor. Perdóname porque me pongo ante ti y no soy digno de estar en tu presencia. Perdona la osadía con la que vengo a hablarte… ¿Qué te voy a contar yo que no te hayan contado ya? Perdóname porque vengo a verte y no te he saludado. Perdón porque te veo y cuando te veo todo se vuelve pequeño. Ante ti, mi alma se encoge y mi garganta se retuerce. ¿Quién soy yo para hablarte a ti? ¿Quién soy yo para postrarme a tus plantas? ¿Acaso soy digno de besar las llagas de tu pasión?

Perdóname porque te he fallado, porque he callado cuando he dudado y he dudado cuando no he tenido la certeza de tenerte ahí. Perdóname por alejarme, por no entenderte, por despistarme, por haberte negado cuando todos te negaban, por haberte apartado la mano cuando me la tendías y, por haberte coronado con espinas de traición cuando en tu mirada solo había amor. Perdóname Señor, perdóname, perdóname…

Vengo ante a ti arrepentido,
a pedirte perdón.
Vengo con el corazón herido,
asfixiado por las llagas de mis pecados
a suplicarte redención.

Vengo como vienen tus hijos,
con la fragilidad de quien sabe que no es digno,
dispuesto a desnudar mi alma,
a mostrar mis temores,
y a proclamar mi amor por ti.

Déjame cogerte la mano,
caminar contigo,
llevar sobre mí tu cruz,
ceñir mi frente con tus espinas
y ser el cirineo de tu pasión.

Me postro ante ti en silencio,
con el corazón dolorido
y los ojos perdidos en tu mirada de amor.
Te busco en cada rincón de mi alma,
en cada silencio.

Te busco en cada esquina,
como aquel niño que busca
a su padre un Lunes Santo por la tarde,
mientras el sol se desvanece
entre las hojas de tu rosal.

Te busco en el paso lento de los días,
en la quietud de la noche,
en la agitación de la tempestad,
en el faro que ilumina mi alma
y en el refugio que en ti me reclama.

Te busco en cada paso,
en cada palabra,
en cada susurro,
en la respiración misma
de un día no acaba.

Te busco y al final te encuentro
en la calma del amanecer,
en la fragancia del incienso,
en el reflejo de la luna
y en el barrio que te acuna.

Dime, Cristo del Perdón,
¿qué hay en tu rostro sereno
que amansa mi corazón
y a todos enamora
con profunda fascinación?

2. El tiempo que vendrá

Presidente de la Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Stmo. Cristo del Perdón, Junta de Gobierno, Rvo. Sr. D. José Prior, consiliario de la Cofradía y párroco de San Antolín, miembros del Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías de Murcia, Junta de Distrito, jóvenes cofrades, amigos y familiares… Despunta la primavera entre las hojas de un naranjo de La Arboleja. Brotan las primeras flores de azahar al tiempo que en el corazón de los cofrades afloran los primeros sentimientos. La luz ha amanecido cálida. Las primeras horas del día todavía conservan el frío de la noche, ese "helor" tan huertano que cala en los huesos y que hace que los primeros pasos del día sean acelerados. En la calle el aroma es una fragancia en la que se mezclan las notas a tierra, madera, polen, olivo y, como no… a azahar. Es primavera y el tiempo se hace notar en cada esquina.

Te preparas para ir al colegio, al instituto, a la universidad o al trabajo y, mientras caminas acompasas tu andar al son de una marcha que suena por los auriculares. Llevas las manos metidas en los bolsillos y las llaves te sirven de campanillas improvisadas en el estribillo de una melodía que te hace viajar a una noche de abril. Te paras en el semáforo y capta tu atención el escaparate de un clásico comercio del barrio en cuyo cristal aparece un cartel anunciando los cultos de una cofradía. Un escalofrío te recorre la espalda. Esto ya está aquí, piensas. Sigues tu camino y el día avanza entre conversaciones difuminadas y tareas sin concretar mientras que tu mente sólo piensa en el tiempo que vendrá.

La vuelta a casa la haces por el camino inverso. Ahora el sol cae con justicia y, refleja sus rayos dorados, casi anaranjados en las fachadas de los edificios. Hace calor. Bastante calor para ser marzo. Te quitas la chaqueta y te remangas el jersey hasta casi el codo. El paisaje de ladrillos que se levanta a tu alrededor pasa para muchos inadvertido, pero tú vas trazando el itinerario de un vía crucis temprano que más tarde dará paso a una procesión vespertina y, a un encuentro casi de madrugada. La nota musical de los auriculares no ha cambiado. Clarinetes, cajas, trombones, tubas,

flautas y un sin fin de instrumentos performan para ti, sólo para ti, las dulces, amargas y sonadas melodías que han compuesto la banda sonora de tu infancia. El sol, que ya pica en la piel, crea una sensación cálida de confort que, con una paleta de colores ocre dibuja un preclaro cartel de cuaresma en el que vaqueros, deportivos y gafas de sol componen la túnica de un cuerpo de nazarenos que buscan mantener viva la liturgia de siempre, la de la eterna espera.

Es Cuaresma y los días transcurren desgranando cada segundo del reloj de arena que marca la cuenta atrás. Porque así es como lo vivimos, una cuenta atrás casi permanente que parece no avanzar nunca. Pero avanza. Avanza con paso firme, con la misma determinación del niño que empieza a andar y agarra con fuerza la mano de su padre y sigue sus pasos en la procesión de la vida. Es este el tiempo en el que se forjan los sueños, en el que entre conversaciones apresuradas y cabildillos improvisados surgen las soluciones a todos los problemas de la cofradía y, en el que se asientan las bases de la que sería la mejor procesión de la ciudad.

Mientras las hojas del calendario se van cayendo al mismo ritmo que el follaje de un árbol se desprende en otoño, en nuestras mentes se elevan los altares de los más altos anhelos. En las iglesias a su vez comienzan a darse forma a triduos, quinarios y novenas que antecederán a la gran semana. Pero antes de llegar a ella deberemos recorrer cada una de las estaciones de este singular vía crucis de la espera.

- Primera estación: Murcia brota en azahar

Se evapora el invierno mientras inunda la Vega del Segura un efluvio a sol y primavera. En el manto verdoso que cubre la huerta se dibujan pequeñas estrellas blancas que embaucan con su aroma a todo al que ellas se acerca. Son las primeras notas de una sinfonía que evoca recuerdos. En la ciudad los pétalos más madrugadores de la flor del naranjo se amontonan sobre el suelo de Cardenal Belluga. Ahora la plaza principal de la ciudad abandona el frío manto del invierno para arroparte con un cálido abrazo que, instintivamente, te lleva a anhelar los días en los que el tiempo parece

detenerse frente a la fachada del Palacio Episcopal. Murcia es más Murcia cuando huele a azahar.

- Segunda estación: Suenan ecos de burla

Suena el primer redoble de tambor en el Malecón. Las baquetas golpean con rabia la piel del parche de un tambor destemplado y desnudo. Son movimientos mecánicos, cortos y repetitivos que se suceden sin cesar. Suena fuerte, tan fuerte que desde el otro extremo de la ciudad se escuchan los ecos de estos toques que parece llevar siglos burlándose de alguien. En una casa, un niño oye cómo por la ventana se cuela el sonido de las baquetas y, automáticamente agarra un par de bolígrafos que hasta ahora le servían para escribir los deberes. Escucha con atención la secuencia de golpes y redobles que llega hasta sus oídos y, al cabo de un rato emula esos mismos toques sobre un libro de texto ya olvidado en el escritorio. Lloran las bocinas en agónicas saetas que quiebran el círculo de la burla. Llamadas al dramatismo que son respondidas por un "Voy", un "Copa" o un "Uno" y que vuelven a sumergir a la ciudad en la gravedad del rito de la pasión.

- Tercera estación: Cabildillo en Luis de Rosario

Avanzan los días y la Cuaresma se hace presente. El barrio de San Antolín comienza ya a convertirse en un hervidero de nervios. Los escaparates se tiñen de magenta mientras estantes, capuces, cíngulos, sandalias y esparteñas aparecen en la primera plana de los comercios. En el interior se colocan también fotografías del Cristo del Perdón en el punto más destacado del local. Todo el barrio se vuelca en los prolegómenos con su cofradía. En la calle ese sentimiento de pertenencia se hace presente en las conversaciones de la gente. Un saludo entre conocidos se convierte rápidamente en una tertulia que versa sobre lo tardía de la Semana Santa de este año, sobre ese andamio que en pleno centro puede dificultar el paso de alguna cofradía o, ese rumor que dice que alguna que otra hermandad está pensando en incorporar nuevos tronos. Son estas conversaciones el

verdadero pulsómetro de la pasión en Murcia. Cabildillos, casi siempre imprevistos y de urgencia, que acaban sobre la barra de una taberna típica de San Antolín, y en la que entre vermuts granizados, cerveza fría, almendras y salchichas secas, se cosen las costuras de las túnicas de esta improvisada cofradía que sale a la calle cada vez que dos conocidos se encuentran.

- Cuarta estación: La memoria entre las hojas de una revista

Contienen las hojas de 'Magenta' la historia de la cofradía de todo un año. Una vez más y, ya van cuarenta, la espera de los días previos se acorta cuando sostienes entre tus manos esta publicación. Artículos, fotografías y un sin fin de historias se despliegan ante tí para transmitirte el saber heredado por las generaciones que nos precedieron. Artículo de colección entre los jóvenes que almacenan cuidadosamente en su estantería las ediciones anteriores, conformando de este modo una suerte de biblioteca cofrade que nos nutre de conocimiento a los pequeños nazarenos ávidos del saber de cofradías. Son sus hojas las que recogen el sentir de las familias que dan sentido y forma a esta institución centenaria. Son las fotografías que en ella se ilustran las que dan forma al imaginario colectivo de lo que ha sido un año que, quedará ya para los anales magenta de la historia y, que pasará a formar parte del elenco de las anecdóticas batallitas cofrades.

- Quinta estación: La limpieza de enseres

El canto de un vencejo anuncia la llegada de la mañana de un domingo. La ciudad respira en silencio mientras que las sombras dan forma a los únicos transeúntes que deciden echarse a las calles cuando aún el sol se asoma entre los tejados de los edificios. La calma de la escena que predomina en toda la ciudad se contrapone al bullicio de un bajo en San Antolín que, abierto de par en par, recibe a decenas de jóvenes, trapo en mano, dispuestos a hacer las tareas del hogar. Es día de limpieza y en local se

amontonan faroles, cruces y tulipas. El reducido espacio se ha convertido en un ir y venir contínuo de jóvenes pies que caminan rápidamente de un lado para otro. Algunos se sientan sobre el suelo para reparar los desperfectos de algún farol; otros se esmeran en vaciar la parafina en las velas y comprobar el estado de las mechas. Incluso hay algunos pocos que, bajo la supervisión y guía de los mayores, se alzan sobre algún trono, para repasar el estado de alguna de las tallas. La música varía de trap a pop y, de cornetas y tambores a banda de música. La conversación pivota también entre los temas cofrades y los estudios. Aunque es fin de semana, es un día de aprendizaje, de lecciones cofrades, de traspaso de conocimiento a una nueva generación que lo pone todo de su parte para ser mañana ellos los que vuelvan a transmitir ese saber popular.

- Sexta estación: La bajada de las túnicas

De los ritos íntimos que componen el rosario de tradiciones cuaresmales, el día de la bajada de túnicas del arcón de la memoria donde se guardan cada domingo de resurrección, compone la más sentimental de todas ellas. Con cuidado se descienden las cajas que atesoran el más representativo símbolo de cada cofradía. Perfectamente dobladas, superpuestas unas a otras, se amontonan en la oscuridad del altillo esperando que llegue el momento de la prueba. Comienzas a desentrañar el contenido de la caja y aparecen primero los capuces, aquellos que antaño se asustaban y, esos con los que ahora anhelas ver el transitar de las calles. Salen las túnicas: primero la de tu hermano, después la de tu hermana, las de tus padres y luego la tuya. Comenzáis con las pruebas y para sorpresa de nadie, todo sigue estando en su sitio. Ya lo sabéis, lleváis sin crecer años y la túnica os sigue quedando como un guante, pero aun así, no renunciáis a ese sagrado momento en el que por primera vez este año os enfundáis en el vestido de la pasión y, sentís sobre vosotros el peso de la responsabilidad. Terminada la prueba, las túnicas cuelgan ahora como espectrales imágenes sobre la puerta de vuestros armarios, al tiempo que, en el fondo de la caja, de vuelta a lo alto del armario, duermen con celo las viejas túnicas de vuestra niñez a la espera de algún día volver a ser vestidas por vuestros hijos, sus hijos y los hijos de sus hijos.

- Séptima estación: La contraseña

Con el reloj de arena que marca el fin de la espera desgranando sus últimos días, comienzan a entregarse las primeras contraseñas procesionales. Son jornadas frenéticas, acotadas en horarios, pero interminables en la práctica. Largas filas de hermanos se distribuyen entre la sede de la cofradía y la espalda de San Antolín. Una amalgama de hombres y mujeres, mayores y jóvenes que esperan con paciencia la llegada de su turno. Mientras, en el interior, el ritmo es frenético, saludas a hermanos que hace un año que no ves y tienes conversaciones breves sobre el puesto que ocuparás esta procesión. Llevas décadas viendo a la misma gente acudir al mismo puesto y, ahora tú ocupas el mismo lugar en el que procesionaron tus familiares. Toda la hermandad es un rito continuo de sucesiones. Dos faroles delante de ti procesiona uno de tus mejores amigos de la infancia acompañado a su vez de su familia. En tu mismo puesto, pero en el lado de la izquierda, aparece una pareja, ya mayor, conocida por todo el barrio, que no se pierde ni un solo Lunes Santo a través de los ojos del capuz. Son los ritos, las historias y los sentimientos ocultos de los penitentes los que dan forma a una tradición centenaria que cada año se renueva cuando sacas la contraseña.

- Octava estación: Dulces, caramelos y monas

Quedan apenas dos semanas para que llegue el día clave y tu estómago es ya un revoltijo de nervios. Ya casi has tachado por completo tu lista de ritos cuaresmales. Apenas te quedan un par de ítems por cumplir. En el calendario de la cocina el 14 de abril aparece señalado con un rotulador rojo y, muy cerquita, en un posit, detallas la lista de los elementos que faltan por comprar: 1 kilo de coca colas, 1 kilo de nubes, 5 kilos de caramelos variados, bolsas de regalices, 1 kilo de ladrillos dulces… Mientras repasas la lista, dudas si te quedan bolsas de plástico o no. Vas a comprobarlo y apenas quedan unas pocas. Te pones un recordatorio en el móvil que dice así: ir a Manufacturas Murcia a comprar bolsas para los

caramelos. Con las bolsas y las chuches compradas, sólo hay que esperar a que caiga la noche para empezar con la cadena de montaje. Uno abre las bolsas y hace una primera prueba de composición. Dado el visto bueno por todos, empiezan a sonar las marchas en el móvil y, las manos de tus hermanos y las tuyas se distribuyen rápidamente por la mesa de la cocina para emular la muestra del obsequio a entregar. Pasan las horas y el cansancio se hace presente. Lleváis media noche enfundando caramelos y rizando cierres de papel magenta y, aún así os resistís a dejar la tarea para otro día. Mientras compartís recuerdos de Lunes Santo anteriores, las bolsas de chuches menguan en contenido y ya apenas quedan un par de bolsas por hacer. Más allá de la medianoche de un miércoles, la tarea queda completada a falta de encargar monas y chocolatinas en el Pichi para, ahora sí, tener preparado un buche de perdón para entregar por Murcia.

- Novena estación: El día del traslado

Y cuando sólo quede una semana y el sol vuelva a acariciarnos con la calidez de sus rayos y, las flores hayan despertado del letargo invernal y, en San Antolín todo sea un murmullo *in crescendo,* llegará la hora del traslado. Cuatro menos cuarto de la tarde del 5 de abril, primera hora de la jornada vespertina: la plaza de la iglesia se convierte en el epicentro de una peregrinación a la que acuden personas de todas partes del barrio y pedanías cercanas. San Antolín nos recibe con las puertas abiertas de par en par. La Madre, la Soledad, aguarda a sus hijos a los pies del altar. Y en el centro nos espera Él, más imponente que nunca, más impaciente que nunca. La comitiva pronto se adentra en la encrucijada de callejuelas del viejo barrio y, ahí, casi por arte de magia comienzan a surgir de un bajo los tronos de la pasión magenta. Es día de fiesta en el barrio y todos los vecinos se agolpan en ventanas, balcones y aceras para asistir al preludio de los días grandes del Perdón. Hoy no hay protocolo que valga, hoy es el barrio quien se adueña de su cofradía. Hoy es el día en el que se labran las nuevas generaciones, en el que los hijos siguen con atención los pasos de sus padres y, en el que meten el hombro por primera vez, aunque sea sólo unos metros. Bandas de música, bocinas y tambores anuncian por doquier

lo que está por suceder: la apertura de la puerta de la Semana Santa murciana. Saldrá Getsemaní, pasarán Caifás, la Columna y el Ascendimiento y, al final, cuando todos los tronos descansen ya en San Antolín, cuando esas puertas vuelvan a cerrarse, sólo habrá que quedarse con el convencimiento de que, ahora sí, llegó el momento del Perdón.

- Décima estación: Los ojos miran al cielo

Se esfuma la cuaresma entre nuestras manos y ante nuestros ojos nace una nueva Semana Santa que todos deseamos completa. 2024 nos privó de mucho y 2025 tiene que devolvérnoslo. Pero la Semana Santa no sería igual sin las miradas al cielo. Hay miradas que buscan un rincón concreto del callejero para ver una procesión. Hay miradas que, en cambio, van hacia el suelo tratando de reconocer las huellas de algún penitente conocido. Hay ojos que miran directamente al interior de los capuces intentando desentrañar el motivo que les ha llevado a estar ahí. Hay miradas también viciadas por el agua de las lágrimas que buscan una cara conocida entre las imágenes de su devoción para poder contarles lo que ha sido de su año. Hay ojos que se fijan en las flores y, otros que sólo buscan caramelos. Hay tantos ojos y tantas posibilidades que uno no sabe dónde mirar. Pero al final todos acabamos mirando hacia él, como si por casualidad de tanto mirarlo, fuera a permanecer inmutablemente brillante durante nueve días. Al fin y al cabo, creo que todos acabamos mirando al cielo, cada uno por un motivo, pero siempre buscando un rayo de sol, físico o divino, que nos envuelva cálidamente durante toda la Semana Santa.

- Decimoprimera estación: La visita a los pasos

A este Vía Crucis le van quedando pocas estaciones para llegar al final, pero antes de volver a cubrirse con el capuz hay que ir a San Antolín. Durante poco más de una semana la iglesia se convierte en un museo repleto de historia y tradición que aglutina entre sus muros casi 130 años de historia. La visita a los pasos en las jornadas previas al Lunes Santo es

casi obligada. ¿Cómo vamos a renunciar a reflexionar frente al Prendimiento, verdadero germen de esta cofradía? O ¿cómo vamos a perdernos los detalles esculpidos por Carrión Valverde entre las rocallas de los tronos? Son estas visitas las que conectan con nuestro yo interior, las que rescatan de los archivos de la memoria las viejas batallitas que has escuchado una y mil veces de boca de tus mayores. Son las visitas que te vuelven a enamorar de tu cofradía y las que te aprietan la boca del estómago en un pulso acelerado por la cuenta atrás que termina.

- Decimosegunda estación: Los cultos

Queda nada, apenas unos días para el lunes más señalado del año y en San Antolín los preparativos están en plena ebullición. Casi no ha terminado el traslado de pasos cuando la iglesia vuelve a convertirse en un hervidero de hermanos que acuden al caer el sol de la tarde a venerar a su madre. Es el día del besamanos y el altar aparece dispuesto como si de un salón de recepciones palaciego fuera. Un esbelto dosel se alza cobijando la imagen de una mujer joven que, aún sufriendo, extiende su mano para recibir una muestra de cariño de sus hijos. Está vestida de sol, con sus mejores galas y, a su vera un par de angelitos custodian este particular salón del trono. Uno a uno, los cientos de hijos magentas que se han congregado este domingo se postran ante Ella en señal de respeto y, en el silencio del cara a cara no sólo depositan un beso, sino que en esos ósculos van tejidos los miedos, anhelos, peticiones y agradecimientos de aquellos que se atreven a mirar a ese dolor tan dulce y amargo a la cara. Pasará el besamanos y llegará el Quinario y, así durante cinco días San Antolín volverá a elevar un canto de amor que enraizará en el leño que custodiará ese rosal de espinas y pasión que, en la tarde del Lunes Santo abrazará al Señor del Perdón.

- Decimotercera estación: La convocatoria

Muere el calendario de la Cuaresma en una soleada mañana de Domingo de Ramos. Aún está cantando el gallo en la huerta cuando en San Antolín comienzan a rugir los carros bocina en una temprana diana que convoca a

los vecinos para el día que está por venir. Por fin las túnicas magentas y negras vuelven a apoderarse de un barrio hambriento de cofradías. Decenas y decenas de jóvenes se apresuran a deambular por las calles de la ciudad y los carriles de la huerta. Marchas y toques de burla despiertan a Murcia mientras la convocatoria se desenvuelve entre risas y miradas cómplices. El itinerario es largo y, a estas alturas de la semana ya hay cierto cansancio acumulado, pero eso no impide a los jóvenes esparcir su mensaje de Perdón hasta el último rincón de la huerta y, escribir la mejor carta de presentación que una cofradía puede desear, su cantera. Habrá tiempo para la penitencia, pero esta mañana es la mañana de la alegría. El día en el que el reloj de arena consume su cuenta atrás para marcar el inicio de un día que ha estado forjándose todo un año en el fuego del anhelo. Será cuando el último toque de burla enmudezca cuando se haga de nuevo el silencio en la iglesia y, entonces ahí sí, tomemos consciencia de que la espera habrá terminado.

- Decimocuarta estación: Murcia besa tu pié

Transcurren las primeras horas del Lunes Santo entre el tímido despertar del sol y un amasijo de nervios que apenas te permiten dormir. Te levantas y lo primero que haces es mirar por la ventana. Todo está en calma. Aunque es temprano, ves cómo algunos rayos de luz se cuelan entre la estrechez de la calle y poco a poco va iluminando tu habitación. No hay tiempo que perder, hay que ir a recoger las monas, enfundarlas en sus bolsas y luego, ir corriendo a la iglesia. Por la calle todo son prisas, gente que viene y va como bailando una danza de cortesía en la que un paso da lugar a otro. El trasiego de gente es continuo y en todas ellas se vislumbra una tímida sonrisa que no termina de despuntar. Cuando consigues pararte te das cuenta que te tiembla el pulso y que llevas una hora moviendo instintivamente la pierna. No alcanzas ni siquiera a prestar atención a la música que te has puesto de fondo mientras te preparas. De camino a la iglesia vas alargando el cuello en cada esquina por si la cola este año fuera interminable, pero has madrugado más que otras veces y, hoy sí, consigues ponerte cerca del altar para ver la bajada del Cristo. Esta mañana todo son caras conocidas. En un par de filas por delante de ti reconoces a María,

una de esas señoras clásicas del barrio que no hay día que no venga a ver al Perdón. A tu izquierda ves a lo lejos a un compañero de clase que no recordabas que fuera cofrade, pero que esta mañana parece estar rodeado de su familia y, no se pierde detalle de lo que ahí acontece. Varias filas a tu espalda aparece tu prima y, te dice que siente no poder estar contigo pero es que no ha podido llegar antes, que la esperes a la salida. Reconoces también entre la muchedumbre a más amigos, a conocidos de la familia y del barrio y a un sin fin de caras que no te son ajenas. Casi sin darte cuenta el tiempo ha volado y comienzan a escalar entre los andamios del altar para bajar al Señor. A estas alturas de la mañana tienes los nervios a flor de piel y ya has soltado alguna lágrima. Y es ahí, entre el murmullo de la gente y el rumor de las campanas, cuando te reconoces a ti mismo como ese San Juan al pie de la Cruz que alza su mirada atónita y, se lleva su mano al pecho tratando de contener el aliento en un momento en el que los sentidos y la pasión se desbordan. Es ahí, justo ahí, cuando el Cristo del Perdón comienza a descender del altar con la misma majestad como si del cielo estuviera bajando, cuando sientes que el corazón te estalla en mil pedazos y, comprendes el dolor por el que tuvo que transitar María cuando vio morir a su hijo en el Calvario. Es ahí, cuando el Perdón se alza sobre el estrado del altar cuando comprendes la gravedad de tus faltas y, te abandonas a sus brazos suplicando una redención que alcanzas a materializar cuando depositas un beso sincero de arrepentimiento sobre su pié.

3. Camino de la pasión

Caerá la tarde y cuando el cielo se vista de ocaso Murcia teñirá su piel de magenta. Los ángeles anunciarán la pasión que está por comenzar en el huerto de Getsemaní y, cuando los sentidos estén presos de un juicio que escapa a la razón, Murcia será testigo de la condena que impone cada Lunes Santo el Perdón. Se sentirá el flagelo de una culpa coronada de espinas que esa tarde se reencontrará con el viejo sentir de la ciudad. Pasarán los penitentes, los regidores y los estantes. Sonarán las marchas y redoblarán los tambores. Culminará el trabajo de todo un año entre los vaivenes de unas colas magentas que irán arrastrando los ecos de los

pecados ya perdonados. Pasará el Perdón y cuando pase todo será ya de Él, porque en su cara se encierran los más bellos secretos de la pasión. ¿Quién ha sido capaz de mirarle fijamente y no derramar una lágrima? ¿Quién se resistirá a caer en su poder cuando pase repartiendo indulgencias a pecho descubierto? ¿Quién osará mirar para otro lado cuando vean cómo le quieren? Y ¿quién no se dejará cautivar por la enredadera de rosas que trepan sobre su Cruz?

Pasará el Perdón y cuando pase sólo habrá soledad. Cuando después del bullicio todo se haga silencio y la ciudad se vista de negro, todos los ojos la mirarán a Ella. La buscarán en el reflejo de las velas y en el tintineo de las lágrimas, entre los naranjos y los rosales, en los acordes de violines y flautas y en la luna que adornará el balcón privilegiado del cielo. Cuando la estrellas cubran con su manto el llanto de la pena y, las perlas broten como lágrimas de unos ojos escocidos por el dolor. Cuando te sientas perdido y no sepas a quien ir, cuando creas que ya nada tiene sentido, mírala a Ella. Ponte de frente a la Soledad y aguántale la mirada y, cuando consigas penetrar en sus ojos y ver la luz que te tiene guardado el mundo, dale un beso a esa madre que te guia y te lleva de la mano por el camino de la vida.

Llegarán los días de la pasión, las semanas sin horarios y las prisas de última hora. Llegarán los primeros nervios y se marchitarán las hojas del calendario. Llegarán las presentaciones, los carteles y las revistas, también las tertulias y las visitas improvisadas. Brotarán las ideas y el entusiasmo y, cuando no os quieran escuchar por ser jóvenes, recordarles al niño que hace tiempo fueron. Hacerles sentir que hemos venido para quedarnos y que no tenemos miedo al futuro, que miramos con ilusión los tiempos que vendrán y que seremos esponjas del saber. Que nosotros tenemos también nuestras propias vivencias y nuestra forma de entender la pasión. Volverán los días de hermandad, como volverán a anidar los vencejos y a resurgir las flores de azahar. Todo volverá y todo pasará… hasta entonces trabajen por sus cofradías.

He dicho.

A la juventud cofrade del perdón

Jaime García Alcázar

Iglesia Parroquial de San Antolín,
Murcia, 1 de marzo de 2025.